

Juan José Morosoli



El Viudo

textos.info
biblioteca digital abierta

El Viudo

Juan José Morosoli

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8554

Título: El Viudo

Autor: Juan José Morosoli

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 17 de abril de 2025

Fecha de modificación: 17 de abril de 2025

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

El Viudo

Al terminar un surco e iniciar otro, enfrentando al naciente, Arbelo miraba con insistencia hacia el rancho. Primero veía un borrón empujado por la luz lechosa del amanecer. Después el chiquero de los cerdos y los árboles que parecían sin tronco. Hasta que al fin veía venir los hijos, tomados de la mano. El menor, Laurencito, balanceándose entre los terrones para no caer. Eran varones pero vestían polleras, como si fueran niñas. Entonces Arbelo clavaba la reja en la tierra, y les salía al encuentro.

* * *

Se levantaba a las cuatro. Ordeñaba las vacas, uñía los bueyes y partía. Los niños se levantaban al amanecer. El mayor, de siete años, vestía al hermano que apenas contaba tres, y salían al encuentro del padre.

Ya en el rancho los tres, Arbelo encendía el fogón, hervía la leche y desayunaban. Luego partían hacia el campo.

* * *

De regreso al campo otra vez, los niños quedaban bajo un árbol, callados, mirando el ir y venir de los bueyes. A veces se entretenían buscando alguna piedra, o ensartaban "trompitos" de eucaliptus en un alambre. Arbelo sentía al verlos una tristeza profunda. Siempre estaba triste Arbelo, porque los niños estaban callados, el rancho estaba sin humo y en el jardincillo se iban muriendo las plantas. Las manchas rojas de los malvones que al amanecer venían corriendo sobre la tierra negra mientras él araba, ya no se veían más.

El campo hacía tiempo que era muy distinto.

* * *

Después que desuñía los bueyes tenía que cocinar y fregar. Y luego lavar su propia ropa y la de los hijos. Cuando terminaba la tarea se acostaba un

rato. Y vuelta a enyugar y después desuñir y hacer la cena y fregar y acostar a los niños.

Y ellos callados, mirándole, siguiendo con los ojos sus pasos por el rancho.

Laurencito no se dormía enseguida. El hermano le acompañaba mientras estaba despierto. Cuando se dormía "voliaba la patita" y se iba a su propio catre. Esta protección del hermano mayor al pequeño, la mano, las polleritas de los niños, como hacía la finada.

Luego recorría la cara de los durmientes con la luz de un fósforo y se acostaba. La muerta venía siempre a su recuerdo en estos momentos.

Le parecía que estuviera siempre allí, cuando los niños estaban solos.

* * *

Se estaba poniendo flaco. Ya no iba los domingos al boliche a prosear con los vecinos. No podía dejar solos a los niños, ni tenía gusto tampoco.

El domingo era el día en que la ausencia de la finada le vaciaba más la vida.

* * *

Enlutó a los niños y se enlutó él. Bombacha negra, blusa de merino negra, pañuelo negro. Prendió el sulki y partió hacia lo de Sofilda. Él no sabía zurcir ni coser y la ropa de los hijos "se estaba volviendo garra".

Sofilda vivía una media legua más allá. Sola. En una tierrita heredada de los padres. Había sido como una hermana de la finada. Era una mujer limpia, de buen corazón y de una conducta que daba gusto.

Cuando salía, de la casa era para acompañar un enfermo o para asistir a un velatorio.

* * *

Los niños estaban sentados frente al camino lleno de gentes, que iban a las pencas en el boliche de Borges.

Arbelo esperaba el regreso de Sofilda que aprontaba el mate en la cocina.

Comprendía ella que esta vez la visita tenía un porqué. Lo notó en la actitud de él, que apenas entró sacó el banco y ordenó a los niños:

—Se sientan afuera y se quedan hasta que los llame.

Ya estaba ella con el mate. Lo recibió él y tras un silencio, como dándose una orden comenzó:

—Le traje los trapitos... Me veo loco... Cocine usted, lave usted, ordeñe... Y los pobrecitos solos, como arbolitos... Le garanto que no puedo más...

La cara hacia abajo, los ojos sobre el suelo, la voz parecía salir de una distancia, sin gente, sin animales y sin árboles.

Ella parada frente a él, le veía la cabeza abatida, el pañuelo negro, la blusa negra, todo quieto como de ropa sola. Hasta que dijo, casi llorando:

—Cállese Arbelo... Cállese Arbelo...

—No puedo más... ¿Qué hago solo con estos inocentes?

Apareció Laurencito y se puso de espaldas entre las piernas del padre. No hablaron más. Ella iba y venía con el mate.

* * *

Fue una noche bárbara en que no pegó los ojos e hizo humo de dos cartuchos de tabaco. Al amanecer partió solo hacia lo de Sofilda.

Regresó a media mañana. Los niños sentados frente al rancho le vieron llegar al galope. Traía para ellos caramelos y masas y dos pañuelitos rosados para el pescuecito.

* * *

Le preocupaba ahora lo del luto. Hacía apenas ocho meses que la finada estaba bajo tierra. Fue a lo de Sofilda.

—Es una herejía desenlutarse tan pronto... Usted vea Sofilda... ¿Qué le parece?

Le parecía a ella que el luto era sagrado. Eso es lo que le contestó.

—Es razón —decía él—, es razón... Me saca un peso de encima Sofilda...

* * *

Primero bajó él del sulky. Camisa negra, pañuelo negro, bombacha negra. Ella después, con el traje gris que usaba en velorios y visitas. Antes de pasar al salón del juez, compró para los niños galletitas y cartuchos de suerte. Ellos estaban vestidos de negro, pero de machitos. De pantaloncitos por primera vez. Se quedaron quietos y felices esperando.

Juan José Morosoli



Juan José Morosoli (Minas, 19 de enero de 1899 - Minas, 29 de diciembre de 1957) fue un escritor uruguayo referente de la narrativa de la primera mitad del siglo XX, perteneciente a la generación del Centenario.

Su obra de corte criollista está centrada en el hombre de campo y su ambiente rural o de pueblo chico. La soledad, la muerte, los personajes simples y humildes, los oficios en extinción, la transición entre el gaucho y el campesino, establecido muchas veces en condiciones miserables,

forman parte de sus relatos breves enmarcados en la literatura posgauchesca de su país.

En colaboración con Julio Casas Araújo escribió tres piezas teatrales entre 1923 y 1926: Poblana, La mala semilla y El vaso de sombras. Fueron estrenadas en Minas y Montevideo.⁴ Poblana, cuyo texto se extravió, fue estrenada en diciembre de 1923 en el teatro Escudero de Minas, por la compañía de Carlos Brussa y con la dirección de Ángel Curotto. En 1925 la misma compañía estrenó La mala semilla. En 1926, con Curotto como director, la compañía de Rosita Arrieta estrenó El vaso de las sombras en el teatro Lavalleja de Minas.

En 1932 publicó en Minas el volumen de cuentos Hombres, reeditado en 1942 con modificaciones (tres cuentos suprimidos y cinco agregados) y prólogo de Francisco Espínola. Colaboró en 1933 con la Revista Multicolor de los Sábados (dirigida por Borges y Ulyses Petit de Murat) del diario argentino Crítica y a partir de 1934 con cuentos y artículos en el suplemento dominical de El Día de Montevideo. Desde 1940 lo hizo en el semanario Marcha, desde 1944 en la Revista Nacional y desde 1948 en Mundo Uruguayo.

En 1936 publicó "Los albañiles de Los Tapes". Le siguieron "Hombres y mujeres" (1944), "Perico" (1947, cuentos para niños, uno de sus trabajos más populares), "Muchachos" (1950, su única novela) y "Vivientes" (1953).

Estos títulos le otorgan el favor del público y de la crítica, entre los que se cuentan los responsables de la revista Asir que pasan a considerarlo uno de sus maestros. Fue uno de los más importantes cultores del cuento corto en Uruguay en los que rescata las vivencias de los personajes anónimos de pueblos del interior y de zonas rurales de su país.